

«YO QUIERO EL PODER»¹

CIENCIA, GÉNERO Y PODER: ENTREVISTA A ANA MARÍA FRANCHI

María Cecilia Galcerán.²
galceranmc@yahoo.com.ar
ARGENTINA

Fecha de recepción: 28 de marzo de 2011

Fecha de aceptación: 09 de septiembre de 2011

RESUMEN

Esta es una posible costura entre ciencia, género y poder a partir de la experiencia en primera persona que Ana María Franchi, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y miembro de la Red Argentina de Género, Ciencia y Tecnología (RAGCyT) de Argentina, ofrece en una entrevista que, sin pudor, exhibe su deseo de poder, en la complejidad que las tecnologías de género han previsto para las mujeres. Y quiere el poder, esquivo a explicaciones que lo vuelvan aceptable, más complaciente en la necesidad de embadurnarse en las fascinantes venturas de un campo de acción negado: el de la exploración científica.

Palabras Clave: ciencia - poder – género-feminismo

ABSTRACT

This is a possible entanglement between science, gender and power from the first-person experience Ana Maria Franchi, a researcher at the National Research Council (CONICET) and member of the Red Argentina Gender, Science and Technology (RAGCyT) of Argentina, offered in an interview that, without shame, shows his desire for power, the complexity of gender technologies planned for women. And he wants the power that eluded explanation becomes acceptable, but accommodating the need to swim on the fascinating adventures of a scope denied: that of scientific exploration.

Key words. Science – prower – gender-feminism

1 Esta es una versión acotada del trabajo presentado en el Seminario *Corrientes Epistemológicas en torno a la construcción de las Teorías Sociales y del Poder*, a cargo de la Prof. Dra. Diana Maffia. En el marco de la Maestría "Poder y sociedad desde la problemática del género" del Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres -CEIM- de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario- Septiembre de 2007.

2 Psicóloga feminista recibida en la Universidad Católica Argentina, investida apóstata. Maestranda de "Poder y Sociedad desde la problemática del Género" del Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres, Universidad Nacional de Rosario, Provincia de Santa Fe.

Está en el punto más alto de la Facultad de Medicina. Esta mujer, junto a su equipo de trabajo, está en el Piso 16, por escalera, el ascensor llega hasta el 15°. Ironía del destino que la naturaleza no se animó a prever, parece, pues habiéndosele otorgado cualquier lugar, resultó ser «el más alto». Me ve y hace el gesto de que ya va, está hablando por teléfono. No nos conocíamos pero yo vi que me esperaba. Tampoco estamos solas, hay otras personas ahí, y para ninguna de ellas paso desapercibida, me saludan, y yo me siento saludada. Corta el teléfono, me pide que la siga. Abre la puerta, y verdes de todo tipo se me vienen encima. El lugar está lleno de plantas, vivas, de verdad. No hay encierro ni angostura. Si una le susurra a la pequeña ventana situada a la izquierda de la silla de la visita, podrá besar parte de la melena de la ciudad que se anuda al río, al final, lejos, largo, suelto. Más acá: fotos de la familia, los amigos, de los viajes, los encuentros, los festejos, “siempre hay razones para festejar”, dirá ella más tarde. También hay dibujos de cuando eran chicos, ¡ah, los hijos! Recovecos llenos de muñequitos y todo tipo de objetos, desnudan los variados guiños de los que somos capaces cuando amamos, y aquí están. Podría haber sido la oficina de un hombre, ya que había muchos libros –tengo derecho a evocar el prejuicio–. Pero no este lugar, donde todo era y estaba a la vez: libros, plantas, ventana abierta, dibujos, fotos, río, cuerpo, perspectiva del punto más alto, sin duda. En el Piso 16 de Medicina, las ideas y los afectos están tan a la vista y mutando en formas tan inverosímiles casi como la diminuta macetita con tamaño de tapita de gaseosa asilando a un cactus más diminuto aún, me mira, al lado de un lápiz engarzado en un gracioso personaje rosado y peludo. La realidad ahí tronaba tan generosa que ciertamente alguien podría pensar que de eso se trata una profunda y persistente desobediencia a los acá, no se puede. El lugar era ella. No toda, pero también era ella: una mujer que hace lo que quiere.

La entrevista

Ana María Franchi nació el 12 de agosto de 1956. Es Doctora en Química y Socióloga. Es Investigadora Principal del CONICET y Directora del Centro de Estudios Farmacológicos y Botánicos –CEFyBO–. Está casada y tiene un hijo de 17 años, una hija de 13 y «dos perras».

¿Alguien de tu familia de origen te alentó en tu carrera?

–Digamos que en mi familia siempre estuvo supuesto que yo fuera a hacer una carrera universitaria. La elección de carrera fue mía, probablemente el que mi papá haya estado en escuelas técnicas haya influenciado, aunque él no era químico ni daba clases de química, daba dibujo técnico pero digamos que el tema de las cosas técnicas estaba presente. Y además yo tenía una abuela, mi abuela materna, que había sido una médica frustrada porque en su época, ella era de 1890, era maestra, había ejercido como maestra pero le fascinaba todo lo que eran temas médicos. Y yo siempre estuve fluctuando entre la química y la medicina. Y de hecho hice la Especialidad de Química biológica, que en realidad toma temas médicos. Trabajo en fisiopatología de la reproducción. Y también creo que mi abuela paterna fue medio como el modelo intelectual en mi familia.

¿Cómo creés que despertó tu vocación científica?

–Me acuerdo que cuando era chica me interesaba cómo funcionaban las cosas o cómo pasaban las cosas. Loca de mí, no sé cuánto tenía pero me corté las pestañas para ver si crecían, y cuando tenía nueve años corté un cable de electricidad, que no sé cómo estoy viva porque quedó agujereada la tijera, porque yo quería ver dónde la electricidad se convertía en luz. Después me acuerdo los pequeños experimentos que hacía en la primaria, te imaginás que hace cuarenta años, no los que se hacen ahora que son mucho más interesantes, pero que me gustaba mucho. Y después había caído en mi casa, por mi papá, un folleto de la facultad de ciencias exactas donde estaban las distintas carreras, y no sé, yo no sabía demasiado qué era la química pero me empezó a gustar. Después mi papá, no sé cómo en el colegio fueron a vender un juego de química, mi primo tenía uno que a mí me fascinaba, y bueno, yo ligué uno. Y cuando llego a 7° grado yo estaba en una escuela Normal, ahí todavía te recibías de maestra, yo dije, *no, yo quiero ser Técnica química*. Y me empecé a preparar en física y matemática, y en ese ínterin a mi papá le salió el trabajo en la UNESCO y nos fuimos a vivir a México. Así que yo no entré y allá en México hice un bachillerato común pero a mí siempre desde chica me gustaron las matemáticas, a pesar de que también me gustaba mucho la Historia y la Literatura. Y bueno, cuando volví a la Argentina, yo ya me inscribí en Exactas –Facultad de Ciencias Exactas– y empecé Química. Entré en el '74, no había examen de ingreso, fue un año bastante caótico porque después vino toda la intervención [de la dictadura]. Al principio me gustaba Físico-química pero cuando hice

Química biológica que es una de las materias del cuerpo común de la carrera, me fascinó. Me fascinaron las clases del actual presidente del CONICET, del Dr. Charreau, que yo cada vez que lo encuentro le digo “*por culpa suya, yo estoy acá*”. Y decidí hacer la especialidad sin saber demasiado si iba a hacer o no investigación. Y bueno, una amiga de un amigo mío le dijo que buscaban a alguien que se estuviera por recibir de química, a partir de una beca que era este Instituto que funcionaba en otros lados.

¿Hubo algún modelo especial en lo profesional?

–Mirá, en la carrera yo tuve dos profesores que recuerdo mucho: el Dr. Charreau y el Dr. Lantos, que es un profesor emérito, que fue una persona que desde lo humano y desde lo científico, yo lo admiro muchísimo. Una persona muy cálida con sus alumnos, y que aparte tenía esa cosa del científico por el interés por conocer. Cuando vos lo ves tiene el aspecto de esos científicos locos que muestra Disney –sonríe– pero fue una persona muy cálida. Yo estudié durante la dictadura y entonces era muy raro poder hablar con alguien de temas por fuera de los específicamente de la materia; en cambio, con el Dr. Lantos, podías hablar de todos los temas. Y la verdad que fue a él a quien lo pedí para que me diera el título cuando me recibí. Fueron como las dos personas que más recuerdo durante la carrera. Después, como modelo de investigador, yo creo que fui sacando como cositas de cada uno, la generación de los jefes cuando yo fui becaria era una generación un poco complicada, porque había una relación también de la época, ¿no?, del becario con el investigador jefe muy, casi feudal, no feudal pero muy paternalista, el becario era becario. Ahora es mucho más de diálogo.

¿Tuviste obstáculos durante los estudios?

–No. Lo único que entrábamos mostrando la libreta, nos revisaban las carpetas, por supuesto no había ni Centro de Estudiantes ni ninguna cosa de esas. O sea, en ese sentido fue una época fea. El ambiente general de la Facultad no fue lindo, no me retrasó la carrera ni nada por el estilo pero no era un lugar placentero como ahora. Te exige, sí, estar muchas horas en la Facultad, que cuando uno tiene 19, 20 años no es lo que más le gusta en la vida pero a mí siempre me gustó estudiar, todavía ahora me gusta estudiar; y de hecho elegí una función en la que tenés que estar estudiando permanentemente.

¿Y cuando entraste a trabajar?

–Yo me inserté inmediatamente, me recibí en noviembre, creo que ya tenía pedida la beca en el CONICET, y en abril, cuando se dan las becas, entré a trabajar. Ya trabajaba en la Facultad como ayudante. Una entra en la carrera del CONICET como becario, después que termina el doctorado. Y después tenés que entrar como miembro de la Carrera del CONICET, que ahí tenés efectivamente un cargo en la Administración Pública, que depende de la cantidad de vacantes. Y ese fue siempre el embudo. De hecho, no en el momento que yo entré pero, muchos años después, tuvimos como tres años en los que prácticamente no hubo ingresos. En la época del menemismo. Cuando yo entré, tardé como un par de años, o sea, seguí siendo becaria porque se iban generando muy lentamente esas vacantes. Como yo era joven me lo tomaba medio en solfa, no tenía carga familiar ni nada. Te renovaban la beca cada 2 meses, entonces vos estabas esperando la beca y no sabías si el siguiente mes... con una compañera íbamos a ver a un señor, que ahora que soy Directora me lo cruzo y me dice: “Justamente vos [Directora] que entregabas los informes tarde”, que miraba las listas y decía “a ver, Franchi, ¿estás?; sí, sí, seguís”. Yo qué sé, era medio inconsciente en esa época (...) *pensaba sí, yo voy a entrar, voy a entrar...*

¿Generalmente, cuánto tiempo están como becarios?

–Entre seis y siete años. Porque la primer parte, que es hacer el doctorado, te lleva de cuatro a cinco años. Y después el postdoctorado, donde hay gente que se va afuera, gente que no, te lleva como dos años o tres años. Yo me acuerdo que mi jefa, yo me enojaba mucho cuando decía: «el CONICET ahorca... aprieta pero no ahorca». Y yo decía *¡cómo nos va a decir eso!*. Bueno fue así, finalmente me salió el ingreso a carrera y entré como Investigadora Asistente del CONICET. Y después, las promociones, sobre todo independientes son difíciles. Es decir, el CONICET tiene 5 categorías: la más baja es cuando sos Asistente, que todavía tenés un director porque consideran que tu formación no da como para hacer tu investigación, o sea, dirigirla vos; después viene el Investigador Adjunto que en esa época, ahora no, pero cuando yo entré había “con y sin director”. Después viene Investigador Independiente, Investigador Principal, que es lo que yo soy ahora, y la última que es Investigador Superior. Las promociones, por ejemplo de Asistente a Adjunto a mí me llevó mucho tiempo, primero porque no me la daban y después porque hubo una Ley de Emergencia económica, de Cavallo, y entonces todo lo que podía ser un aumento de sueldo, estaba congelado. Después

de Adjunto a Independiente, también me llevó un tiempo. Y después no, de Independiente a Principal, no, la conseguí en un mínimo tiempo. Pero les cuesta a las mujeres, las promociones no son tan sencillas. De hecho, nosotras hace poco hicimos un trabajo donde mostramos que las mujeres siempre tienen que estar más tiempo en una categoría para promover a la siguiente.

¿Disfrutás lo que hacés?

–Sí, yo disfruto de lo que hago, especialmente de lo lúdico de la investigación. Lo creativo. Me gusta mucho también la relación con los chicos jóvenes, la formación de los chicos jóvenes, yo me siento muy bien trabajando con ellos, muy cómoda. Yo soy la jefa de ellos pero nuestro empleador es el CONICET. Yo no decido ni su aumento de sueldo, yo decido si se quedan o no, pero no si van a promover o no; entonces, eso quita presiones. Acá vamos todos juntos a romper las puertas del CONICET, a ver si tenemos un aumento de sueldo. Yo creo en las relaciones más de pares, a pesar de que hay un subjefe, un becario, un jefe de investigador asistente. Y me gusta todo esto de lo lúdico, me gusta el tema de ir a Congresos, de discutir temas, de aprender, de estar aprendiendo, de estar en una profesión que te obliga permanentemente a estar al día porque si no no podés seguir. Me gusta ir a Congresos porque me encanta viajar, además –sonríe–. Cuando vamos con los chicos, cuando voy con algunos de los chicos, les digo *piensen cuando protestamos todo el tiempo, que acá estamos en un lugar donde podemos conocer gente*, que está en lo tuyo, de otros países, es muy interesante. Porque en general son gente interesante, los investigadores. A mí, la verdad que me gusta, me gusta mucho. Tiene sus otras cosas, como todos los trabajos, los intereses políticos, te embroncás porque no te sale un subsidio, o tenés subsidios que están muy por debajo de los subsidios internacionales y una pretende competir, es lo que te exige la profesión, y vos te tenés que arreglar con U\$S 30.000 cuando otros tienen U\$S 3.000.000, y esa es la relación, eh, no te estoy inventando...

¿Cómo creés que mejoraría tu condición laboral?

–Bueno, el tema económico, es un tema. Yo, ahora, estoy en una situación distinta, tengo mi casa, ninguno de los que trabajamos en esto somos demasiado pretensiosos, pero yo veo, por ejemplo, que los pibes becarios, si no tienen una ayuda familiar o un acceso a una vivienda, es muy difícil. Así que el

mejoramiento salarial, es muy importante. El tema de la feminización de estos lugares donde vos ves que acá somos, creo, el 90% de mujeres, donde el salario es malo, es un tema. El salario ahora es mejor, pero sigue siendo malo respecto de una persona que trabaja en la industria, en un laboratorio privado, etc. A mí, a lo mejor no me cambiaría la vida, yo creo que le cambiaría la vida a los pibes que laburan conmigo, o me la hubiera cambiado a mí en ese momento. Otro de los temas importantes que cambiaría sería el monto de los subsidios. Nosotros, lo que recibimos, lo ganamos, pero es muy poca plata para mantenerte en las técnicas que hay que usar ahora, y que son necesarias para poder publicar en algunas revistas. Son dos cosas que van juntas, o sea, estar bien vos, porque ganás un salario que te permite tener una vivienda, y no estar preocupándote por todo. Por ejemplo, yo tengo una persona trabajando en mi casa, yo no tengo ganas de llegar y ponerme a hacer las cosas de la casa, y mi marido tampoco, porque trabajamos bastante parejos, en la casa. Y ese es un costo que yo invertí en su momento, que me soluciona millones de cosas. Pero yo veo que chicas que trabajan conmigo, con chicos, es complicado. Otra cosa que podríamos tener, aunque se han democratizado las relaciones dentro del CONICET, que el funcionamiento fuera más público. Yo formo parte de Comisiones Asesoras, en este momento, y considero que está mucho mejor que antes, hay acceso a dictámenes que antes no era tan fácil, dictamen de una beca.

Y en las Comisiones Asesoras, ¿tenés poder para tomar ciertas decisiones?

—Las Comisiones Asesoras son así: las forman, dependen de la especialidad, 20 ó 25 personas que en general son de distintos temas, yo soy de la Comisión Asesora de Ciencias Médicas, yo soy de Reproducción, hay otro que es de Cardiología, otro de Microbiología, etc., a lo mejor hay más de uno del tema. Esas Comisiones juzgan los ingresos a Becas, los ingresos a Carrera, las promociones y el otorgamiento de subsidios, fundamentalmente. Hay otras cosas, también, como por ejemplo, cambio de lugares de trabajo. Pero las cuatro cosas más grosas son esas. A vos te toca juzgar un determinado número de ingresos, de distintas cosas, una los juzga, después se discute dentro de la Comisión. La Comisión tiene otra instancia superior que se llama Junta, la Junta va a estar de acuerdo o no con lo que decide la Comisión. Y finalmente el Directorio, que es lo que maneja el CONICET, que está formado por ocho personas y el presidente del CONICET, es el que finalmente toma la última decisión. Pero la decisión, cuando salió de Junta, es muy difícil que el Directorio la cambie. Entonces, sí, en cierta forma tengo

poder para tomar decisiones, que no hacen a la política sino a decisiones sobre los ingresos, a becas, las promociones, etc.

Sobre las personas...

–Sí, sobre las personas directamente. No decide si el CONICET va a poner la plata en tal o cual cosa; digamos, son cargos de asesoramiento en la parte más académica, ¿sí?. Lo más político es el Directorio.

Las personas que están en las Comisiones, ¿cómo llegan ahí?

–Las elige el Directorio del CONICET.

Y las personas que están en la Junta, ¿quién las elige?

–El Directorio.

Entonces, de alguna manera, ¿el Directorio podría elegir personas afines?

–Se han renovado mucho las Comisiones, entró gente bastante más joven, entre 40 y 50 años, que es interesante porque hay una visión distinta. En la Comisión de Médicas, te eligen por dos años, se renueva el 50%, entonces vos estás un año con la mitad de la gente y después esa gente se va, en 2º año entra la otra mitad de gente. Después, a lo mejor, a los dos años, te vuelven a elegir. Pero más de dos años seguidos, no. Es bueno que se renueve la mitad, porque viene gente nueva. Por supuesto que las relaciones de género no son ni ahí del 50%, depende de la especialidad. Y hay, a veces, algunas cosas que a una la ponen un poquito nerviosa. Pero creo que estar es bueno porque una puede discutir, puede defender, no sólo las cuestiones de género, sino algunas otras cosas que a una le interesan, ¿no?.

¿Qué cosas?

–Y, qué sé yo, a veces cuando se juzga. La otra vez se estaba juzgando la promoción de una persona, mujer, que trabaja con un investigador hace tiempo, y los dos tienen muy buenos trabajos, y se discutió mucho tiempo si ella era realmente independiente en su trabajo. Independiente de... como decíamos con una chica más joven que yo, que está en la Comisión, si hubiera sido al revés, si hubiera sido la promoción de él, no se hubiera discutido eso ni por casualidad. Y medio que se definió por sí, que la promovían,

porque era una «mujer de mucho carácter», por no decir “carácter de mierda”, que lo silenciaron. Entonces eso, yo digo ¿si era tímida, entonces no la promovían? No sé, viste. O cosas que, por ejemplo, el ingreso a la carrera tiene límites de edad, para entrar a la categoría más baja tenés hasta 35 años, con un margen escaso de uno. Entonces, por ejemplo, yo me acuerdo una vez, se discutía de una chica, yo no la conozco, en general, a mucha gente, la conozco de carpeta, de ver la carpeta. Entonces, yo no la conocía, y ¿qué tenía?: estaba en el límite, ¿no?, y yo miré que en el medio había tenido dos hijos. Y que, obviamente, el primer año, cuando vos tenés a tu hijo, las cosas se dificultan. Entonces yo dije “*bueno, tengamos en cuenta esto*”, ¡me sacaron sabés cómo!. Y no sólo los varones, ¿eh?, también algunas de las mujeres. Son temas que complican, te dan bronca. Pero a mí me parece que es bueno estar, porque el estar hace que no se puedan mandar tantas cosas como cuando una no está. Y que, además, una va introduciendo temáticas. Por ejemplo, ahora, conseguimos escribir una carta al Directorio pidiéndole flexibilizar la edad, sobre todo en las categorías más bajas, porque la gente tarda más en recibirse ahora, porque estudia y trabaja, porque los doctorados y posdoctorados son más largos. Y por circunstancias de vida, qué sé yo. Te pasan cosas en la vida. No sólo estás en el laboratorio o en la facultad. Pero, bueno, cuando varias Comisiones empiezan a insistir, el Directorio cambia esa política. Hay investigadores que creen que nosotros estamos estudiando en Harvard, entonces piden una exigencia que los chicos no pueden tener, entonces, bueno, una empieza a decir *está bien, pero está trabajando en San Luis, y no tiene acceso a un montón de cosas y hace un trabajo digno. Pensemoslo, este pibe tiene expectativas!*. Como también lo otro: que a lo mejor algunos que vos considerás que no deberían seguir porque no trabajan o trabajan muy poco. Entonces, yo creo que el que haya gente distinta, con otra mirada, en las Comisiones, es bueno.

Y cómo directora, ¿qué tipo de decisiones tomás?

–Tomo muchas decisiones, desde cómo se va a gastar la plata hasta con el Personal, evaluar su rendimiento e imponer premios y castigos dentro de lo que puede poner uno, de lo que son las necesidades del Instituto. Dentro de mi propio grupo de investigación, la continuidad o no de un becario, la decisión de para qué lado la investigación va o deja de ir. Decisiones tanto económicas como laborales. Algunas, las tomo sola. Yo ya tengo en mi grupo dos chicas que empezaron conmigo, que son investigadoras, entonces, algunas, las charlamos con ellas. El CONICET tiene además de la carrera de Investigador, una carrera de Personal de Apoyo que pueden ser profesionales

o no, son administrativos. Yo tengo en mi laboratorio una doctora en Química que es profesional principal, o sea, la categoría más alta del personal técnico; y hay cosas que las consulto con ella. En el caso de decisiones más administrativas, hay una jefa de la parte administrativa, que es una Licenciada en Administración, que también tenemos consultas. Después tenemos una Vicedirectora con la que charlamos. Después, también, cuando nos mandan dinero para comprar algún aparato, se hacen reuniones y vemos cuál es el más necesario. Y cuando se decide, cuál aparato, cuál marca, el que más sabe del tema o el que se quiere ocupar, se ocupa. Digamos, se charla.

¿Qué semejanzas ves entre tu carrera y las de otras mujeres científicas?.

–Bueno, acá somos casi todas mujeres y conozco, por fuera, muchas mujeres científicas, y veo que son gente muy, muy laboradora, porque en algún lugar saben que les va a costar más que a los demás. A los varones no les veo tan clara la vocación. Los veo más dispersos, y más inmaduros. Las chicas saben qué quieren y se esfuerzan mucho para conseguirlo. Trabajan muchísimas horas y tienen la cabeza ordenada, y van a los Congresos y viajan y discuten, se mueven. Se mueven mucho. Yo no digo que los varones no sean así; pero en las chicas hay como una decisión muy fuerte, las que se deciden por esta carrera, de avanzar, de trabajar, de estudiar.

¿Y cómo es la relación afectiva con ellos?

–Bueno, yo los amo. Son mis hijos científicos. En este momento yo tengo dos chicas que son Investigadoras Asistentes. Hay otra que es Interadjunta que ya no está en el grupo pero hizo la especialidad conmigo, y ya tiene su grupo propio. Y después tengo cuatro becarios (una es la que nos va a traer el cafecito ahora), tres que son becarios doctorales, que están haciendo su tesis, y un becario posdoctoral. Después hay una Doctora en Química que está en la carrera del Personal de Apoyo, y otra señora que es técnica que nos hace todo el trabajo más de rutina, que es una persona que tiene estudios secundarios pero que se fue haciendo y formándose dentro del laboratorio. Esa es la gente específicamente de mi grupo.

¿Por qué empezaste a hacer Sociología?.

–Porque a mí me gustaban las dos cosas: toda la parte de Historia, siempre me interesó la política, y me metí. Estuve entre Antropología, Historia,

Sociología. Y después hice, la mayor parte de la especialidad fue de salud y de género. [Estudiando Sociología conoció a su esposo].

¿Cómo conviven tu desarrollo científico y la vida de pareja?

–En ese sentido, está todo bien. Él me conoció trabajando así que... yo me siento muy apoyada en todo lo que yo hago.

¿Hay jerarquías en el lugar de trabajo?

–Sí. Yo soy la directora. De todos los becarios, que no sea del tipo vos estás allá, yo estoy acá -indicando una asimétrica distancia-. Hay una relación de autoridad, no puedo echar pero sí puedo hacer un informe negativo, puedo decir que tiene que buscarse otro lugar de trabajo.

Las jerarquías, ¿son en base al conocimiento, al mérito profesional o de otro tipo?

–Sí, en general son por mérito profesional.

¿Cómo llegaste a ser directora?

–Eso fue por el conocimiento. Porque en realidad, la que era la Directora eligió a tres personas que iban a ocupar el cargo de Vicedirectora durante un año, para ver cómo se desempeñaban, y yo lo venía cumpliendo. Al final con las otras dos personas, no funcionó. A mitad de ese año, la Directora renunció a su cargo y propuso a la Comisión que yo ocupara el lugar de la dirección. El CONICET aceptó en forma interina, y yo estaría a prueba. Funcionó, y quedé.

¿Creés que las mujeres deberían tener un trato particular en la ciencia?

–Yo creo que tendría que haber algunas cosas que facilitarían. Por ejemplo, este tema que yo te decía del posdoctorado en el exterior, se podría reemplazar por becas más cortas. Que hubiera flexibilización de la edad, que favorecería tanto a varones como a mujeres, pero que en el caso de las mujeres, por el tema de que a lo mejor tuvieron un hijo durante la beca y se retrasaron. Facilitar el tema de los hijos, el tema guarderías, tanto para becarias como

para investigadoras, sería fundamental. Y después el tema de las promociones, hay gente que propuso tener cupos, que no pudiera haber en una categoría menos de un porcentaje x de mujeres, no sé, algo tiene que haber para ayudar a las mujeres, en ese sentido.

¿Conocés científicas destacadas y premiadas?

–Sí. De hecho, con la RAGCyT hemos entrevistado a la doctora Lustig, esta investigadora que ahora es muy viejita, tiene 95 años, que su prima fue Premio Nobel y, bueno, ella vino de Italia, trabajó y montó todo lo que es cultivo de células en Argentina. Entrevistamos a la doctora Pérez Ferreira que fue Presidenta de la CONEA (Comisión Nacional de Energía Atómica). Esa generación, yo siento que muchas sacrificaron mucho para llegar a eso. Que sacrificaron pareja o familia, que fue muy duro para ellas, y la otra cosa también que me impresionó mucho fue, me parece, que la mayoría tomó modelos muy masculinos para poder insertarse en esos ambientes. ¿Viste cuando entraron las diputadas en la democracia, que todas se ponían un traje sastre?. Bueno, estas mujeres, no todas, pero hasta la forma de vestir era como medio masculina, y hablabas con ellas, y las veías como muy duras. Al revés que con las de mi generación, que enseguida se cruzaba el tema de la familia, en éstas, al revés, parecía que no querían, que querían no mostrar eso. Yo me acuerdo que Diana Maffía, que entrevistó a Pérez Ferreira, le preguntó «¿ud. no tenía colegas mujeres?». “Sí, al principio sí, pero después encontraban algún candidato.”, algo muy de ellas «no pudieron y yo pude», digamos que a mí lo que me mostraba era que tuvieron que sacrificar todo y hacer eso porque, si no, no triunfaban. A lo mejor, en las de mi edad o un poquito más grandes, que están ahora ocupando esos lugares, yo veo un cambio, que renunciaron a mucho menos cosas.

¿Creés que es justo su reconocimiento con relación a su mérito?

–Yo creo que no, porque de hecho si a vos yo te hago esta pregunta de qué científicas conocés, me vas a decir Marie Curie. ¿Me vas a decir alguna más?. No. Y bueno, hay muchas científicas que fueron muy buenas investigadoras y no tienen ese reconocimiento. Por lo menos de la población en general. No, yo la verdad que no veo un reconocimiento suficiente, comparado con sus méritos y con lo que les costó llegar a los lugares que ocuparon.

¿Cómo creés que se explica que los lugares de poder y decisión en la ciencia están masculinizados?

–Porque está naturalizado que los hombres ocupen los lugares de poder. Porque, por ejemplo, también para una mujer, a veces, es complicado cuando vos tenés una carrera científica y tenés una familia. Es decir: *bueno, además, voy a dedicar tiempo a ser la presidenta de la Sociedad de Investigación Clínica*, qué sé yo... entonces, son tiempos que se agregan, que una mujer los piensa, un varón no lo va a pensar así. Eso. En parte hay una actitud de decir «ocupo o no ocupo lugar». Hay un no, «yo no quiero el poder porque el poder es feo», y qué sé yo. Yo sí quiero el poder. No quiero ese poder, pero quiero el poder. Pero hay una actitud así, y además una actitud de discriminación, porque se eligen sistemáticamente varones. Varones eligen varones, y mujeres también eligen varones. Hay autoexclusión porque se te complica o porque va a ser más difícil y «ya la tengo bastante complicada». De elección y de discriminación, creo que es una sumatoria.

¿Creés que cambiaría la ciencia con más mujeres en ella?

–Que haya más mujeres no significa que haya mujeres con conciencia de género, que son dos cosas distintas. Pero yo creo que, a lo mejor, cambiaría. No sé, es una hipótesis que hay que, que hay que probar. Además a mí me gustaría ver qué pasa con las mujeres de las nuevas generaciones, ¿no es cierto?. A lo mejor se flexibilizarían algunas cosas, a lo mejor se excedería en otros temas, pero si hubiera más mujeres, también, a lo mejor, sobre todo con conciencia de género, se les facilitarían la carrera a las que vienen atrás. Si llegáramos más mujeres con conciencia de género podríamos proponer cosas que facilitarían las carreras. La entrada y la permanencia, y la promoción de las mujeres.

Tu meta profesional, ¿ha cambiado en el curso de tu carrera?

–Puede ser que yo quiera más de lo que quise cuando empecé. También fui armando, desde que fui independiente, un enfoque de la investigación, distinto del que tenía mi jefa. Yo ahora trabajo con modelos experimentales, con mi jefa era más como una cosa del momento. Yo trabajo en parto prematuro y aborto séptico, y el tema de desarrollar los modelos, que me llevó tiempo, me da un enfoque distinto en la investigación que me gusta más que el que yo tenía cuando era becaria, cuando era investigadora todavía con director, en lo más académico.

Y Sociología, ¿cómo se cruza?

–Sociología se cruza en la RAGCyT, fundamentalmente con el tema de la mujer y la ciencia. Se cruza ahí, con todo lo que me gusta hacer, y en el tema que a mí me interesa, el de la salud materna, tanto desde el punto de vista más biológico o médico como desde el punto de vista sociológico, ahí es donde más se cruza. Hubo materias que a mí me partieron la cabeza. Hice antropología, que a mí me cambió, no sólo el enfoque en la investigación, ¡el enfoque en la vida!. Ver la salud desde otro lugar que no fuera el discurso médico, que es el que más escucho acá, me resulta muy, muy interesante, que a lo mejor sí te lleva a tomar cierto tipo de decisiones, no a lo mejor en la vida diaria pero sí en el enfoque de la investigación. Para qué, digamos, una pregunta que yo me hice, me hago siempre: ¿para qué y para quién investigás?. Acá, la Sociología me aporta.

¿Si pudieras hacer un cambio en la carrera, qué cambiarías?.

[Un silencio prolongado hace sentir la calma de un atardecer también interno...]

–No sé, a lo mejor me hubiera gustado haber empezado antes con un trabajo más independiente. Yo tuve una jefa medio feudal, que me llevó bastante tiempo poder armar, formarme mi propio grupo, el giro de la investigación, dar un vuelco de enfoque de la investigación. Me parece que ahora los pibes lo pueden hacer un poco antes. Eso me hubiera gustado, hubiera ganado tiempo.

Participás en Comisiones de evaluación, en Comisiones de distribución de subsidios, ¿has participado en el Diseño de Política Científica?.

–En Diseño de Política Científica, yo he participado desde la militancia. De la militancia en el gremio o militancia social. Y hemos ido a pelearnos con todos los que fueron secretarios en la Secretaría de Ciencia y Técnica del CONICET. No sé si desde la resistencia o no sé si diseñamos la política científica, pero creo que de algún modo, le hemos torcido el brazo a algunas políticas que nos iban a destruir. Pero desde la pelea en la calle, hasta tirar huevazos al Ministerio de Economía, hasta para un desfile de Granaderos. Todo hicimos. Pero, te digo, no era que me llamaron y dijeron “ah, mirá qué bien, la Dra. Franchi...” no, no; desde la calle, yo participé desde la calle. Y esos lugares los fuimos ganando, y después sí, como delegada, yo estaba en la Comisión interna del gremio, ahí nos llamaron para las discusiones

pero no por “mirá qué inteligente que es”, no, he participado desde la pelea y la resistencia. Actualmente, como están las cosas mejor, no nos estamos peleando tanto. Hemos tenido, incluso, entrevistas con el Ministro de Educación, digamos no tan de participación pero algunas cosas podemos sugerir.

¿Se puede saber cuáles?.

–Y, por ejemplo, participamos del diseño de un colectivo científico que iría a las escuelas para incentivar las vocaciones científicas. Eso partió de una reunión que tuvimos con el Ministro Filmus. Además estoy en el comité asesor del Programa Calidad de Vida, que es de la Secretaría de Ciencia y Técnica (SECyT), que lo que hace es financiar proyectos de participación de la Ciencia y la Tecnología que mejoren la calidad de vida de la gente. O sea, de los derechos humanos, en lo laboral, etc. Desde la RAGCyT también hicimos sugerencias sobre el tema de género en la Ley de educación. Y, desde las Comisiones, hicimos algunas sugerencias al Directorio para cambiar la situación de la gente en el CONICET.

¿Y cómo fue tu participación gremial?.

–Cuando estaba terminando la beca, ya no había dictadura, coincidió con la necesidad de participación política y social. Se dio en situaciones de mucha complicación laboral, no de tema de seguridad, nada que ver con lo que pasaba en la dictadura, pero sí de problemas gordos en el CONICET. Y que a mí me, digamos, me gustó hacerlo, aprendí mucho haciéndolo, me permitió llegar a lugares que, a lo mejor, de otra manera no hubiera podido llegar, como ir a discutir con el presidente del CONICET, o con los secretarios de Ciencia y Técnica que no me imagino haber llegado de otra manera.

¿Cómo vivís las frustraciones?

Y, las frustraciones... hay momentos que te pega mucho, cuando no me salía una promoción, o ingresaba a la carrera en una categoría por debajo de la que todo el mundo esperaba que lo hubiera hecho. O tenés frustraciones cuando mandás un trabajo a publicar, y te lo rechazan. Qué sé yo, me da mucha bronca, pero no me paraliza. El “no” es por un problema tuyo. Que da bronca, pero no me paraliza.

¿Y las alegrías, cómo las vivís?

–¡Ah, acá nosotros celebramos mucho!. Siempre hay razones para celebrar. Cuando salen los subsidios, es fundamental, porque con eso vivimos. Cuando los chicos se doctoran, es muy lindo, es muy lindo cuando los chicos se doctoran porque es como, para ellos es importante en sus carreras y para una también, que estuviste ahí. Cuando te promueven en tu carrera, es muy lindo. Esos momentos son muy lindos, cuando sale la beca de algunos... a veces, también cuando te da un resultado, que era eso lo que vos querías. Y después hay alegrías que no tienen que ver con lo laboral, cuando pasa algo lindo en el grupo.

Finalmente, ¿qué mensaje les darías a las mujeres jóvenes que se interesan por la ciencia?

–Que vengan. Que se puede. Que no es fácil pero que vale, que vale la pena. Que traten y que peleen. Porque esto es un paso adelante y un paso atrás, un paso adelante, un paso atrás, pero se puede, es una carrera muy gratificante. Y que no se queden sólo con su investigación, que traten de abrirse la cabeza; en un país como el nuestro, yo creo que, tanto para varones como para mujeres, nosotros estamos acá gracias a un montón de gente que no tiene ni para comprar un paquete de galletitas a los chicos. Porque la mayoría de la gente que está en el CONICET es hija de la universidad pública y de la escuela pública, y eso me gustaría que nadie se lo olvide. Porque yo, si no hubiera habido escuela pública o universidad pública, no hubiera estudiado; y como yo, un montón de gente. Entonces, me parece que eso nos tiene que calificar en dónde nos ubicamos en la investigación, por qué peleamos y qué pedimos, también. Y que tenemos un compromiso hacia esos lugares que nos dieron todo, hacia la universidad, hacia la escuela, tratar de hacer cosas que no se queden sólo en que vos sacaste un trabajo en una buena revista, que creo que eso es muy bueno y que es muy gratificante, pero me parece que tenemos un compromiso político y social con todos los que no pueden llegar, y también tratar de ayudar a los que pueden llegar. Entonces, que no se queden adentro del laboratorio, que en el laboratorio hay que estar, pero también hay que estar afuera del laboratorio, y pensando la cosa más hacia fuera. Eso es complicado porque nosotros no somos como la gente de sociales. Me acuerdo que en las épocas en que andaba mal el CONICET yo les decía *mirá, el día que cierren el CONICET vos vas a decir "ay tengo que hacer el RIA, (que es una técnica), ay, no lo cierren hoy porque tengo que..."*; entonces, aunque haya momentos no tan graves como

esos, a la cosa le falta mejorar muchísimo. Y para eso tenemos que estar todos presentes. Y que en el día a día, se va demostrando. Yo me acuerdo que mis becarias fueron a las primeras marchas, fueron conmigo, y que después empezaron a ir por su cuenta, y empezaron a ver las cosas desde otro lugar. Yo creo que... que vengan, que peleen, que se junten con otras mujeres, que vean que el problema, cuando se las discrimina, no es de ellas solas. Porque eso es lo que se ve a veces en las mujeres que dicen «debo ser yo la que fallo»... entonces, que hablen con otras mujeres, que se acerquen a los lugares de mujeres, a los gremios, que peleen, que cuenten. Y sobre todo que piensen que acá estamos gracias a muchos otros.

Se cortó las pestañas para ver si le volvían a crecer

Y a los 9 años cortó unos cables eléctricos porque quería ver dónde la electricidad se convertía en luz. Eso hacía “la loca de mí”, dice Ana María Franchi. No medía riesgos, ni reconocía límite alguno, quizás no registraba otras presencias, aunque probablemente cuidó que no la estuviesen observando pues le hubiesen dicho que ¡NO!, que «eso no se hace». Y hubiera sido, como sigue siendo, señal de que una ha hecho algo fuera de lugar, que eso no está bien, y que por lo tanto está mal. Pero la orden vendría de afuera, porque sólo es capaz de hacer lo que ella hizo quien en principio responde a toda posibilidad interna. Ella se sintió capaz de hacerlo y lo hizo. Los límites, esos límites que tienen que ver con la preservación de la vida, serían internalizados con el tiempo, a medida que fuera creciendo, experimentándolo. Y ese poder volver efectivas tales posibilidades internas, puede pensarse en relación directa con un espacio de oportunidades presente en el entorno familiar. Hizo lo que quiso, también, porque el lugar estaba dado, pese, como ya dijimos, a que fueran sorprendidas las vigiliadas adultas. Franchi, de niña, quería saber. Había una intencionalidad que dirigía tales experiencias. De hecho, cuando ella trae estos recuerdos no se posiciona en la acción describiendo qué fue lo que pasó, sino que los relata de tal forma que su mirada parece ir leyendo el relato que su boca va imprimiendo en el lugar del hecho. Y le brillan los ojos. Ella va “allá”, y en el ejercicio mismo de “decir” su relato me lleva a ese lugar. Es tal el compromiso emocional con lo que cuenta, que el cuerpo también habla. Y esto podría servir para pensar la intencionalidad en la niñez, desde la construcción de subjetividad. Pienso en esa intencionalidad que se lee en los ojos de un niño “varón”, presumiendo que es en los ojos de un niño varón donde aparecen las “malas” intenciones. Y creo que eso podría haber pensado de esta niña si la hubiese mirado a los ojos, que están con ese brillo de que algo está viendo antes

de ser visto, en el momento preciso en que ella va a buscar las tijeras a escondidas, o no, porque no teme, pues anda con la idea, ya lo ha pensado, de cortarse las pestañas. En el caso de él hubiera sido un camino absolutamente legitimado, aunque después viniese el reto ese, que es necesario para indicar quién tiene el poder. Ella, en cambio, podría haber sido muchas cosas: una rebelde, una “chica terrible”, una desobediente, “siempre la misma”, o algo por el estilo. Desobedecer implica no sólo no hacer caso de lo que está mandado ser, en lo que nos ocupa: ser mujer. De hecho Franchi nos deja ver que no es suficiente un alma inquieta y ávida por explorar las razones de las diversas realidades, ya que en pleno ejercicio de evaluación del comité evaluador, adscribir un carácter de mierda habría despegado de la periferia, y acercado al patrón androcéntrico, a una de estas mujeres que buscaba y quería ser promovida por y en la comunidad científica. Por eso desobedecer es fundamentalmente un movimiento de liberación. Es una implacable provocación ante cualquier cosa que se presentase con la apariencia de una expropiación. A ello tal vez podría referirse Franchi cuando dice que no es suficiente con que haya más mujeres en ciencia para hacer de la ciencia un lugar diferente, sino que haya mujeres con conciencia de género. Pues ser concientes del entramado histórico y social que las atraviesa como sujetos privados de poder pronunciarse como desean, sienten y eligen hacerlo, les permite concebir que en la práctica científica liberar es resistir. Y quien resiste, desobedece. Desobedece a la estructura hegemónica de poder que asigna *destinos* en el juego. En cambio, la persona en situación de juego tiene la certeza de estar jugando lo que quiere, porque así lo vive. Nada más real que la vivencia. Por eso, a quien juega no le place que le indiquen cómo jugar. Porque un sentido se está construyendo ahí, que lleva impreso el propio modo de jugar y jugarse. De manera tal que si percibe que de alguna parte algo de lo que está jugando le es expropiado, es decir, algo, una fuerza mayor a la propia, le impone hacer otra cosa que no sea lo suyo, en principio patatea. La persona en situación de juego, no quiere ser sujeta. Quiere que la dejen jugar. ¿Y si mujeres como nuestra científica no vienen del patético encanto por el margen? (Ana María Fernández, 2003)³. ¿Si la resistencia y la pelea tienen más que ver con la posibilidad de choque con un límite impuesto que en principio, desde la posibilidad de subjetivarse como sujetos autónomos, ellas no conocen?. Franchi no parece haber titubeado al cortarse las pestañas, como tampoco parece haberle

3 Ana María Fernández (2003) “Mujeres: historia de una discriminación” En Faur, E. Y Lipszic, C, *Discriminación de género y educación en la Argentina contemporánea*, BsAs, Inadi / Unicef., pp125-142

sucedido con los cables de electricidad. Hizo lo que quería. Y ello es posible en la confirmación de una posibilidad interna que va mostrándole la viabilidad de una efectividad histórica situada en la experiencia, al tiempo que la va configurando como sujeto “que puede”. Aunque ello no sea todavía signo de libertad “libre”, si es que vale plantearlo así, pues ésta implica un conocimiento más transitado, más laburado -diría ella-. Asimilar la mujer a la naturaleza, no sólo implicaba subordinarla al dominio de otro superior y mejor que ella, sino también fijarla en la necesaria imposibilidad de que ella se procurase una vida propia. Socavarle su capacidad, volviéndola una impedida. Quizás sea desde allí que nuestra entrevistada plantee la resistencia y la pelea. Porque resistir y dar pelea, entre otras cosas, revela desobediencia a los procesos de violencia epistémica, que mantienen sujetadas a las mujeres de/en lugares que ellas no recrearían si pudiesen no hacerlo. Se trataría más bien de construir autonomía como control de las propias condiciones de existencia (J. Szabon, 2001 citado por Ana María Fernández, 2003).

Práctica científica, práctica de vida

La producción de conocimiento es una práctica vital. Franchi se supo, porque estaba, involucrada existencialmente en lo que estaba haciendo. Hurgó, tocó, olió la realidad del juego que deseaba jugar. Ella nos mostró cómo juegan mujeres como ella. Dijimos que no fue directo a la acción, que ni siquiera su relato “dice” eso, que tuvo que pensar antes de hacer, que vio la oportunidad, pero sobre todo estaba confirmándose a sí misma como sujeto que juega. Quien juega va haciéndose mientras juega. Una forma de construir subjetividad que podría pensarse, en el mundo científico, como habilitación a una multiplicidad de enfoques y prácticas de investigación. Desde este punto de vista podríamos, las mujeres, preguntarnos si ese lugar, el lugar donde se recrea el “juego”, el lugar donde se “hace” ciencia, ¿se trata de un lugar que está ahí, ajeno a nosotras, y al que una entra, o es un lugar como una dimensión que se va abriendo a medida que la habitamos y nos configura?. Ella había llegado a un lugar que viene pasando de un propietario a otro, en los términos que la epistemología masculina, del sujeto histórico del patriarcado, así lo había dispuesto. Pero legitimada por su deseo de seguir jugando, hizo de esa propiedad, su propio lugar, provocando orificios que oxigenaran mezquinas tomas de poder. En tal sentido, las formas de construir conocimiento presuponen las formas de pensar para construir (Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara, 2005); por lo que podríamos decir que el lugar que Ana Franchi logra en sus variadas posiciones de poder, contrajeron las dimensiones de ese otro poder, del

poder como potencia de sí (Ana María Fernández, 2003)⁴. Ese es el poder del que ella habla cuando dice “yo quiero el poder”. Es que viene construyéndose como sujeto de la experiencia, a través de la experiencia, y pareciera que no concibe nada que la pudiera frenar en la posibilidad de ir recreándose como sujeto de conocimiento, que sabe, que ignora. Y eso es lo verdadero. Así Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara (2005) señala que una forma de apropiación de la experiencia resulta de la construcción de las mujeres sujetos a partir del cuerpo sensible, donde se trabaja un sentido que tiene que ver con que la situación no se circunscribe a una circunstancia ni a lo material inmediato sino que integra lo vivido, el significado que ello tiene y las posibilidades de encauzarlo.

Por eso al proponerle a nuestra científica la oportunidad de modificar algo en el recorrido de su carrera, no duda que ello implique un movimiento estructural. Franchi se refiere a la posibilidad de ganar “independencia”, una conquista que se configura como proceso de conquista, algo que tiene que ir dándose que, en la mujer que hace ciencia, es ir encontrándose con la posibilidad de hacerla como ella va descubriendo que la hace. Y esta respuesta no constituye un producto de la razón androcéntrica, es más bien una respuesta que aflora desde el dolor, el que le produjo el lugar actuado por su jefa en aquel momento. Ella dice esto y, al mismo tiempo, sabe que hubo mujeres anteriores a ella que tuvieron que travestirse con “traje sastre” para poder jugar su propio juego, como su jefa. Sabe también que aquellas hicieron lo que pudieron. Pero su dolor fue real. Ahora, desde la dirección de un Instituto de investigación, nuestra entrevistada plantea un escenario distinto: el lugar es praxis en persistente iniciación a la confrontación de subjetividades. El lugar está repleto de múltiples formas de conocer. Por eso en varios momentos del encuentro, frente a la posibilidad de estrechez político-ideológica que pueda aparecer en alguna instancia de la arremetida epistemológica, ella propondrá discutir la cuestión. Y aprender. Discutir y aprender aparecerían como dos estigmas de su modo de pensar la construcción. Quizá, muy probablemente ella considere que asegurar la pluralidad de perspectivas y la apertura a la crítica, maximice la objetividad científica (Martha González García, 2005).

4 Ana María Fernández (2003) “Mujeres: historia de una discriminación” en Faur, E. Y Lipszic, C, Discriminación de género y educación en la Argentina contemporánea, BsAs, Inadi / Unicef, pp 125-142

Poder decidir en ciencia es crear condiciones de posibilidad

Participar en la toma de decisiones dentro de la comunidad científica es en principio meterse con el poder instituido, que rige las variables válidas para hacer ciencia. Pero principalmente significa poder crear condiciones de posibilidad para las nuevas epistemologías. Concretamente, hacerles lugar. La articulación del conocimiento como proceso y producto social introduce la perspectiva de devolver, como sugiere Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara (2005), a la epistemología, su origen de práctica de vida. Allí no hay fisura, ni quiebre, ni territorio que deba permanecer bajo el dominio del “conquistador”. Se trata más bien de lugares de producción de sentido, de construcción polifónica de saberes, de cruce y revuelta de significados. Siendo la defensa de la socialización del conocimiento, el eje principal del pensar y hacer científico.

Mujeres, como Ana Franchi, con conciencia de género que quieren el poder para participar de la toma de decisiones, en el sentido planteado, están en su salsa. Porque saben que no hay autonomía de un sujeto singular sin autonomía del grupo social al que pertenece, y en el que sus propios proyectos puedan desplegarse y mutar en propuestas colectivas. Habla del compromiso político y social en cuanto al lugar que ella concibe de las mujeres en ciencia porque ¿qué otra cosa podría ser una comunidad científica que no queda encerrada en sí misma?. Es necesario que se establezca una “conversación” entre el mundo académico y la sociedad. Hay un sentido de gratuidad en esa perspectiva que indica que si la construcción de conocimiento, abierto a la impronta de las nuevas epistemologías, no incluye y participa a los “nuevos” -que no son nuevos- sujetos, entonces excluye, oprime y empobrece. Para ello es indispensable hacer el movimiento diario de renunciar al privilegio epistémico, muy tentador por cierto... y llenar de humores, colores y abrazos las horas de trabajo en franca comunión. Por eso “*que vengan*” es lo primero que aparece como sugerencia para mujeres que aún no han ingresado al fantástico mundo de la ciencia. Y puede pronunciar semejante sugerencia, quien ha previsto un lugar despojado de pertenencias, donde la emancipación tiene las formas del juego. Donde es posible experimentar la sensación que trae ir haciéndose como sujeto libre, que se expande, repliega, se impregna, se enchastra, se deja impresionar por otras presencias que también buscan, porque se aventura a recorrer las propias dimensiones internas mientras sabe que sabe y produce saber. Que se animen, que vengan las que quieran, ella cree que se puede. Esa ha sido su experiencia.

Referencias bibliográficas

- Fernández, Ana María (2003). «Mujeres: historia de una discriminación» en FAUR, E. y LIPSZYC, C. *Discriminación de Género y Educación en la Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, INADI / UNICEF, pp 125-142.
- González García, Martha I. (2001) «Género y Conocimiento» en LÓPEZ CERESO, José A. y SÁNCHEZ RON, José, *Ciencia, Tecnología, Sociedad y Cultura en el cambio de siglo*. Madrid, Organización de Estados Iberoamericanos, pp 347-358.
- Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes C. (2005) «De una epistemología masculina (razón instrumental) a epistemologías femeninas (cuerpo sensible) en Blázquez Graf, N. y Flores, J. (ed), *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*, México. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencia y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, pp 653-661.